



## HISTORIA DE LA LITERATURA RUSA<sup>43</sup>

por Nikos Kazantzakis<sup>44</sup>

\* \* \*

«¡Dios mío, cuán triste es nuestra Rusia!», exclamó Pushkin cuando leyó *Almas muertas*. Gógol se preocupa. Su entusiasmo comienza a turbarse por haber mostrado de una manera tan terrorífica el rostro de la Sagrada Rusia. Lucha ahora por concluir su obra. Quiere mostrar que Rusia no solo tiene tales *almas muertas*, sino también buenas, llenas de vida y que en el futuro dará a luz incluso mejores. Tiene la ambición de componer una epopeya humana completa y presentar una segunda parte de su obra, *Almas resucitadas*, en la tercera, *Almas despiertas* [sic]. Escribió la primera parte, el Infierno. Ahora el alma debe ascender desde las oscuras profundidades hasta la débil luz del Purgatorio de la vida y desde aquí hasta la limpísima luz de Dios.

Gógol lucha desesperadamente por completar su obra, por presentar a seres humanos con grandes virtudes. Una extraordinaria heroína, todo sacrificio y nobleza; toda la

---

<sup>43</sup> *Ιστορία της Ρώσικης Λογοτεχνίας*, Εκδόσεις Καζαντζάκη, 1999, pp. 151-153; 1ª edición en dos tomos de 1930).

<sup>44</sup> Tal y como explica el propio Kazantzakis en el epílogo de *Almas rotas* incluido en esta edición, la intención original del autor fue que dicha obra constituyera la primera parte de una trilogía que a la postre nunca llegó a completar. Por su similitud con el proyecto de Gógol, en el que *Almas muertas* conformaba la primera de una terna de novelas, y por su analogía con el devenir del propio Orestis, personaje principal de *Almas rotas*, que arroja al fuego (como hiciera Gógol con la continuación de *Almas muertas*) su obra magna *Nuevo Testamento*, hemos creído conveniente reproducir estas páginas del cretense referidas al escritor ruso [N. del E.].

riqueza de la Sagrada Rusia. Pero no puede. La fuerza creadora de Gógol era limitada. Genial cuando reflejaba profundamente, hasta la caricatura, la realidad, era incapaz de crear tipos éticos más elevados en su obra. Se arrepiente de todo lo que ha escrito hasta entonces. Intenta dar un valor simbólico a cada héroe creado, queriendo así excusarse por haberles dado vida sobre el papel. El verdadero *inspector* es el juez eterno. El falso inspector, Jlestiánof, es la conciencia ligera del hombre que engaña. Los funcionarios son nuestras maldades y sufrimientos...

No puede avanzar hasta la culminación de *Almas muertas*. La interrumpe. Reúne y publica fragmentos selectos de la correspondencia con amigos. Aparece ya la trágica evolución que adquirió el alma de Gógol. Para salvarnos, proclama, hemos de someternos a las órdenes de la Iglesia Ortodoxa Oriental. Cada idea que viene de Occidente es obra de Satanás. Toda modernidad es pecado. Nos lleva al escepticismo y a la arrogancia. Solo la ortodoxia y la monarquía absoluta nos salvarán. La esclavitud es una institución divina. Gracias a ella, el señor y el esclavo pueden convertirse en verdaderos cristianos.

La impresión que causó este oscuro libro en los círculos intelectuales rusos fue extraordinaria, dolorosísima. Toda la juventud se indignó. Belinski, el gran admirador de Gógol, escribió una carta de lo más violenta al escritor, en la que lo denominaba «apóstol del látigo y de la ignorancia, defensor de la oscuridad». Gógol no le respondió. Su mente se degradaba cada vez más y se perdía en una psicopatía religiosa. Reunió todos sus libros y manuscritos. Los quemó. Mientras tanto, se dejó morir de hambre.

Repartió entre los pobres la escasa pensión que recibía del Gobierno. Se puso en marcha. Se dirigió en peregrinación a Jerusalén (1848). Regresó a Rusia trastornado. Durante cuatro años deambuló de ciudad en ciudad, de casa en casa, cual mendigo, con una bolsa llena de manuscritos sobre los hombros.

Uno de sus contemporáneos nos da la imagen de Gógol: «Era de baja estatura, estevado, harapiento, con una nariz enorme, de lo más extraña, con un gran rizo sobre la frente». Tenía, como dijo Turguéniev, la fisionomía de un zorro.

Gógol no volvió a escribir. Quemó todos los manuscritos que le quedaban, sobre todo la segunda parte de *Almas muertas*, casi concluida. Con la excusa de que quería prepararse para comulgar, se negó a tomar alimento alguno. El conde Alexis Tolstói le ofreció asilo en su casa de Moscú. Intentaron alimentarlo a la fuerza. Pero Gógol ya no quería vivir. Un día lo hallaron muerto, exhausto a causa de las oraciones y el ayuno, frente a los iconos sagrados.

El *jovial melancólico*, como lo llamaba Pushkin, el gran satírico de Rusia, que aunó con tanta profundidad el quejido y la risa, murió sin poder completar su obra más importante. Misterioso, encerrado en sí mismo, receloso fanático, constituye la antítesis absoluta de Pushkin, lleno de luz, abierto a todas las corrientes espirituales, equilibrado.

Sin embargo, lo que consiguió dejarnos permanece intacto en el tiempo. «Cada obra de Gógol», dice Belinski, «es simple y verdadera. Su tema, el acostumbrado. Su argumento, sin importancia. Los hechos, cotidianos. Pero estos son exactamente los distintivos del gran creador. Es

la poesía verdadera, la poesía de la vida cotidiana. Gógol describe a un ser humano simple, ordinario y, sin embargo, en esta descripción, se halla todo el pasado, el presente y el futuro de la humanidad».